

*Discurso magistral del Excmo. Dr. D. Orlando  
Ribeiro al recibir el doctorado «honoris causa» por  
la Universidad Complutense de Madrid.*

Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector  
Queridos amigos y colegas  
Señoras y Señores

Os presento un saludo muy respetuoso y agradecido por el supremo honor que me concede una de las más prestigiosas Universidades del Mundo, ilustrada por grandes nombres de la ciencia y poseída por el fecundo y original espíritu de España. Quiso vuestra generosidad y la honda amistad de colegas entre los cuales me honro contando con un viejo y querido amigo y un antiguo alumno, conferirme un grado que recibo por cuarta vez.

La Universidad de Brasil (hoy de Río de Janeiro) consagró mis investigaciones americanas, en un país donde tengo discípulos ilustres y compañeros notables, a los que me une una amistad fraterna o paternal. La Universidad de Burdeos, orientada hacia los Trópicos, coronó mis estudios en cuatro partes del Mundo y en las Islas Atlánticas, de Santo Tomé a las Azores. Quiso la Universidad de Coimbra honrar, no tanto los dos escasos años con los cuales inicié mi carrera de profesor de Geografía, como la constancia y entusiasmo que dediqué a mis colegas más jóvenes, asociándolos a mis investigaciones en Portugal y en Africa.

Ahora me toca la vez de ingresar en el claustro complutense mediante la generosa y fraterna amistad de mi querido compañero José Manuel Casas Torres, con quien intercambio trabajos e ideas desde hace cuarenta años, durante los cuales he seguido su dinamismo y excelente dirección científica en las Universidades de Zaragoza y Madrid. *Finis coronat opus*. Gracias a mi maestro Don Eduardo Hernández Pacheco, pionero de la Geología y de la Geografía Ibérica, con quien tanto aprendí en sus frecuentes estancias en Portugal, algunas veces en compañía de su hijo y discípulo Francisco (Paco o D. Paco como todos le llamaban), para mí un amigo fraterno, ingresé en la Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales en 1955, 20 años antes de alcanzar la última, la Academia de Ciencias de Lisboa («nadie es profeta en su tierra», se dice en portugués).

Un cordial y agradecido saludo a todo el claustro complutense, a los queridos compañeros de las Universidades Autónoma de Madrid, Salamanca, Valladolid y Extremadura, que han venido expresamente a mi investidura. Con honda emoción veo situados entre los colegas españoles a Juvenal Esteves, lisboeta de sangre gallega, mi más antiguo amigo, a quien pese a nuestras carreras tan distintas, me unen las más estrechas «Afinidades Electivas», como dijo Goethe, y a mi esposa y compañera de trabajo y de aficiones, Suzanne Daveau, discípula de los más distinguidos discípulos de mis maestros franceses De Martonne y Demangeon, a quienes debo lo mejor de mi formación de geógrafo.

Los muertos pasan, su espíritu se queda con nosotros. Además de los Pachecos ya nombrados, recuerdo con «saudade» a mi maestro D. Ramón Menéndez-Pidal, figura tutelar de esta Universidad y de la cultura hispánica, cuyas obras ensancharon mis puntos de vista científicos, a D. Eloy Bullón, gran amigo de Portugal, decano de la Facultad de Filosofía y Letras madrileña cuando, a invitación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, viajé tres meses por España y por el aquél entonces protectorado de Marruecos, y enseñé en un cursillo celebrado en Jaca con la nata de la Geografía ibérica: Francisco Hernández-Pacheco, D. Manuel de Terán, maestro de los maestros de la Geografía española, a quien, por no haber podido venir aquí a su Homenaje en 1.982, envié un «Saludo y alabanza», Luis Solé Sabarís, geólogo eminente y decano de los geógrafos ibéricos (puesto que también lo es —a mi toca el vicedecanato!), Pierre Deffontaines, tan francés como brasileño y catalán, Salvador Llobet, activo y modesto, Llopis Lladó, gran técnico y geomorfólogo, aplastado por un coche mientras estudiaba un corte de carretera —pocos vivos en su cuerpo pero todos en sus obras. Y, entre los alumnos, tres de los más destacados geógrafos actuales, Bosque Maurel, hoy en Madrid, Vilá Valentí, vice-presidente de la Unión Geográfica Internacional puesto para el que fui elegido en el Congreso de Lisboa en 1949 y que ningún ibérico había vuelto a ocupar, Floristán Samanes, que siento no haber recibido nunca en Portugal. A D. Amando Melón lo conocí en el Congreso de Lisboa: no siendo un investigador (excepto en Historia de la Geografía), tenía como mi maestro Silva Telles, cuya cátedra ocupé 13 años después, un fino sentido de la Tierra y de sus paisajes —y a sus discípulos Casas Torres y García Fernández será grato que lo recuerde. Saludados los vivos y rememorados los que tan sólo están con nosotros en sus obras, queda descrita mi remota y actual vinculación a la Geografía española.

Por una feliz coincidencia, Portugal celebra hoy su fiesta nacional, aniversario de la muerte de Camões, pues no se conoce la fecha de su nacimiento. En la persona del Señor Embajador de Portugal, cuya presencia respetuosamente agradezco, saludo a mi Patria y a los compañeros de trabajo y aficiones que se desplazaron a Madrid en un día glorioso de mi vida científica. Y como Camões fue el más geógrafo de todos los poetas,

tan celebrado en España que acaban de descubrirse en la Biblioteca Nacional de Lisboa dos traducciones inéditas en castellano, hechas sobre manuscritos de *Os Lusíadas*, citaré la estrofa en la que, después de haber descrito Europa, celebra nuestra Península.

Eis aqui se descobre a nobre Espanha,  
 Como cabeça ali de Europa toda,  
 En cujo senhorio e gloria estranha  
 Muitas voltas tem dado a fatal roda;  
 Mas nunca poderá, com força ou manha,  
 A Fortuna inquieta por—lhe noda  
 Que lha nao tire o esforço e ousadia  
 Dos belicosos peitos que em si cria.

## III, 17

Imagen sugestivamente visual, cuando los mapas se orientaban con el Oeste hacia arriba, y alusión al estado más poderoso de Europa, con dominios en Flandes e Italia, que compartía con Portugal un Imperio mundial «en donde nunca se ponía el Sol».

Citado Camões, hay que buscar en Cervantes, los dos máximos ingenios peninsulares, un paralelo. En el *Quijote*, la llanura sólo produce espejismos: los batanes de los molinos que el Caballero de la Triste Figura tomó por temerosos gigantes o el yelmo de Mambrino, que era sencillamente una bacía de «azófar» de barbero; la Sierra Morena, «entre dos peñas y muchos alcornocques», buenos para ocultar malhechores o perseguidos, da clara idea de grandes y ásperos despoblados. Pero, en el Prólogo: «Tras ésto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo que en vuestra historia se nombre el río Tejo, y veréisos luego con otra famosa anotación, poniendo: «El río Tejo fue así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro». Cervantes, un tanto sarcástico como Sancho, parece que echa un remoque a Lope. Sin embargo, y muy serio, Camões sí que fue «erudito en letras humanas y cosmógrafo».

Muy aficionado a las urbes «famosas», Cervantes, tras haber caracterizado Toledo —«Peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades»—, nos deja en *La Ilustre Fregona* un cuadro delicioso de su vida popular, escrito en la misma Posada del Sevillano, evoca los pícaros de Sevilla en *Rinconete y Cortadillo* y a Valladolid en el coloquio de *Cipión y Berganza*, perros del Hospital de la Resurrección.

Los geógrafos españoles han elaborado excelentes monografías urbanas. Cuando, por primera vez, visité la imperial ciudad leí la novela de Cervantes y, hace ya una decena de años, me atreví a estudiarla en un enfoque de Geografía cultural. Porque Toledo pertenece tanto a España como a Portugal: fue capital del Estado Visigótico; en la catedral yace el 4º

rey de Portugal, Sancho II, destronado por su hermano menor, tras gloriosas reconquistas; allá compuso en gallego-portugués Alfonso el Sabio las *Cantigas de Santa Maria*, en el Palacio de Fuensalida murió la emperatriz Isabel, hija del rey portugués D. Manuel o Venturoso, la mujer más bella de su tiempo; poco después de la unión de las dos coronas peninsulares allá llegó una nave de Lisboa; Felipe III pensó bajar al Tajo en bergantín en su visita a la capital de su otro estado; según Tirso de Molina eran sólo portugueses los que preparaban los juegos del río.

Tan ibérico como portugués, creo que sentí Toledo, su misterio y su encanto. Hace dos años pronuncié la lección de clausura en un Coloquio sobre «Toledo, ciudad viva, Toledo, ciudad muerta» y creo que la van a publicar. Mi biblioteca toledana mide dos metros de estante, mis apuntes llenan dos libretas, tengo un centenar de fotos, una docena de dibujos, más de doscientas holandesas redactadas... pero aún me falta que investigar! Vivo o muerto, completo o fragmentado, dedico a los compañeros españoles que me ayudaron a ahondar en la comprensión de una tierra que siempre amé, mi libro, *Toledo, Encuentro e persistencia de civilizaciones*.

Es tiempo de terminar. Mi muy querido José Manuel analizó con la generosidad que todos conocen y reconocen mi obra de geógrafo, en la que para serlo de una manera cabal tuve que completar una formación humanística con la de naturalista. He tratado de comprender la naturaleza y los hombres, el pasado y el presente, y me preocupa el porvenir de mis hijos y nietos. Los pueblos ibéricos dieron a nuestra civilización mediterránea y europea una dimensión universal. Los norteamericanos llegaron a la Luna y las sondas espaciales acabarán por desintegrarse en los confines de nuestra galaxia. Pero las calamidades tradicionales —peste, hambre, guerra— siguen amenazando el presente y el porvenir. Por eso, al intentar hacer una obra perdurable, partí siempre de los hechos para su interpretación, trabajando con la «alegría de conocer» y la humildad de intentar comprender. En un mundo de incertidumbres agobiantes hace falta creer para no desesperar y los hombres deben ser capaces de elevarse a cumbres de belleza y armonía. Como soy muy aficionado a la música me inspiraré en la cantata telúrica, *Atlántida*, de Manuel de Falla, un gaditano con nombre valenciano, compuesta sobre un poema catalán de Verdguer: una síntesis de toda España, con la formación de las montañas y de los ríos, la apertura del Estrecho de Gibraltar y la partida de las naves de Colón en busca del otro lado del Mundo. Esta obra de uno de los más grandes compositores de nuestro tiempo es como una réplica española de *Os Lusíadas* de Camões, que celebramos en este día, que para mí no podía ofrecer mejores auspicios.

Mi vida declina cuando habeis coronado más de medio siglo de estudio, de enseñanza y de investigación centrado en nuestra amada Geografía, hecha a partir de mi viejo y querido Portugal, siempre en su marco ibérico, en el estudio de nuestra expansión, que me llevó de las

nieves de los páramos andinos al color de Goa, desde la desolación sahariana al «infierno verde» de la foresta amazónica, de las islas de Santo Tomé y Fernando Póo a las Azores, es decir desde el Ecuador al paralelo 40°; la enseñanza me hizo conocer el duro invierno sub-polar de Québec (15-25° bajo cero), en donde los veranos los portugueses pescan el bacalao en los mares de Tierra Nueva y Labrador, nombre de su descubridor lusitano. Tuve la buena fortuna de ver formarse dos conos volcánicos, que dentro de pocas semanas volveré a visitar, uno que lleva mi nombre como más gusta que me llamen y que emplean todos los colegas y amigos españoles: Monte Orlando. Al describir la sequía y el hambre de las islas de Cabo Verde en una publicación oficial, contribuí a hacer cesar las hecatombes que las flagelaban, resultado para mí tan feliz como el maravilloso espectáculo natural de la erupción.

Siempre consideré la Ciencia como una creación del espíritu, tan desinteresada como la poesía o la música. Pero de toda Geografía hecha con amorosa aproximación a la tierra y a las duras penas de la condición humana se puede sacar provecho. La Ciencia sirve a la verdad y ésta hay que decirla a los poderosos a pesar de los riesgos que ello comporta. Lo exige nuestra dignidad de hombres de estudio, el primado del Espíritu y la comprensión entre los hombres de todas las razas y estamentos sociales.

Al concederme el honor de ingresar en la *Alma Mater* Complutense de Madrid lo acepto sin falsa modestia pero con humildad, pues no soy más que una piedra añadida al majestuoso edificio de nuestra Ciencia. Tengo clara conciencia de mis limitaciones. Lo mejor que he podido sacar de una cabeza que a veces se estropea de cansancio ó dolencia, se lo debo a la memoria de mis Maestros, al amparo de colegas y amigos, a la cordial atención de los discípulos. Si acepto el honor que me conferís es porque puedo compartirlo con todos ellos. Que Dios nos mantenga la claridad de la mente, la afición científica, el tesón para seguir trabajando y ayudando a los jóvenes, y, así, que no se enturbie la llama de la Ciencia que recibimos en nuestra juventud y nos cabe legar, cada vez más brillante e intensa, a las generaciones del porvenir: *Vivat, floreat, crescat.*